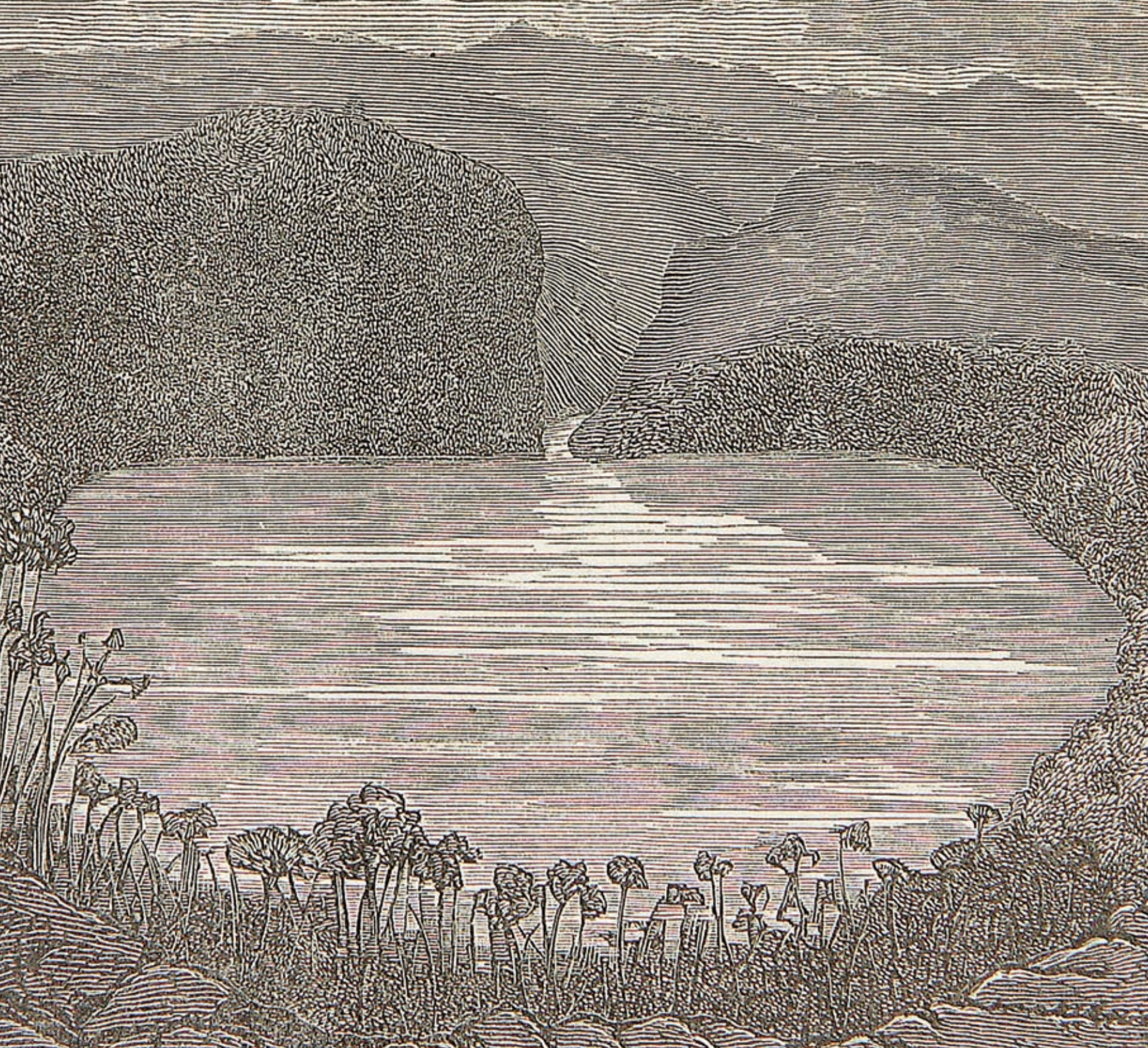




 **DURANTE MÁS** de treinta años de experiencia laboral y personal he tenido el privilegio y la fortuna de convivir con diferentes comunidades indígenas en Colombia y otros países de América. Han sido estas experiencias únicas e indescriptibles las que me han dado la posibilidad de aproximarme al pensamiento indígena frente a muchos temas de debate actual, guiado por la mano de sabedores y autoridades espirituales de estos pueblos. Por ello, desde esta vivencia directa es que he podido encontrar ese hilo conductor en los aparentemente diversos sistemas de cosmovisión y pensamiento de estos pueblos originarios americanos,

los cuales han conservado esa convergencia de visión del mundo diacrónica y sincrónicamente por milenios. Esta investigación pudo ser realizada con el apoyo de la Unesco, organismo del que soy consultor en Interculturalidad y en la actualidad el coordinador del programa Agua y Cultura para los países andinos, y de varias universidades colombianas y extranjeras, con las que he trabajado como docente e investigador. Además, han sido los mismos pueblos indígenas los que han avalado este trabajo, cuando puedo exponerlo ante ellos en el marco de sus planes de vida, desde historia y pensamiento propio, hasta la visión de la salud y la educación. Desde esta perspectiva es que escribí el texto “Visión andina del agua”, como aporte al proyecto *Agua: memoria y futuro*, desarrollado por el Banco de la República.

Del contexto al texto

Fue hace mucho tiempo cuando en el desierto de Arizona, en compañía de un anciano navajo, supe de la “visión

Visión andina del agua

Roberto A. Restrepo A.

Cursó estudios de Biología y Antropología en Colombia y México, sin obtener un grado académico. Su verdadera formación se ha dado en contacto con sabedores de pueblos indígenas y lugares arqueológicos de toda América y su principal línea de trabajo ha sido el buscar la urdimbre o unidad profunda entre la cosmovisión y el pensamiento de estos pueblos originarios, encontrando lo que él llama un “pensamiento americano”. Ha trabajado con varias universidades nacionales como profesor e investigador, ha dictado talleres y conferencias en América y Europa y es, en la actualidad, consultor de la Unesco en Interculturalidad y Punto Focal y coordinador del equipo de expertos andinos para la elaboración del Atlas de Culturas Hídricas Andinas. Ha escrito varios libros, entre ellos la “Trilogía del saber” con la Unesco, y es autor de cuatro videos documentales. Trabaja, igualmente, con organizaciones indígenas de varios países latinoamericanos, y colabora con la Organización Indígena de Antioquia en la Pedagogía de la Madre Tierra. Es escritor y ensayista, y coautor de guiones cinematográficos.

del águila”. Sentados a la sombra de la “gran roca”, el anciano escuchaba pacientemente mi “disertación” sobre el pensamiento de los pueblos indígenas de mi país; de pronto fijó su mirada en un águila que volaba arriba de nuestras cabezas. Se dirigió a mí y comenzó a hablarme: —La visión del águila es lo que compartimos todos los seres que habitamos primero esta tierra. Cuando el águila se encuentra allá arriba, observa un territorio inmenso. Tan grande, que nosotros no podríamos abarcarlo. Todo lo ve, hasta lo más pequeño, en todos sus detalles. De pronto salta un conejo y ella, volando tan alto, lo ve correr entre las hierbas; se fija en él y mira el terreno, siente el viento y calcula como ambos, conejo y viento, pueden corretear entre las sinuosidades del suelo. Toma en cuenta todas estas cosas y muchas otras; tantas, que no puedo enumerarlas. De repente se lanza al vacío, como hacia la muerte, tan rápido como una flecha. Baja rauda y cuando uno cree que se estrellará sin remedio, voltea en el aire y toma la presa. Todo es instantáneo y preciso. Un segundo, diez centímetros y el águila estaría herida o muerta. Pero no, se eleva con el conejo entre sus garras. Esta acción, tan precisa, es lograda porque el águila, allá arriba, puede verlo todo en conjunto,

con cada uno de sus detalles, los cuales son como hilos entrelazados que hacen la realidad del mundo del aquí y el ahora. Esa es la visión del águila, cuando uno entiende todo el tejido entonces puede tocar cada puntada y cada hilo y sus decisiones son correctas.

La visión andina del agua está enmarcada en la “visión del águila”. El agua nunca se mira como un elemento separado, sino como un ser vivo que forma parte del tejido de la vida dentro de la comunidad de la naturaleza, a la que los quechuas llaman *Sallka*. Por lo tanto, el agua es uno de los seres constitutivos del territorio, junto a los humanos y la comunidad de las deidades. Es familia y establece, junto a las otras dos comunidades, una crianza mutua, relacionándose mediante el diálogo, la reciprocidad y la complementariedad.

La *cosmovisión* —visión del águila— es, para las tres comunidades —deidades, naturaleza y seres humanos—, el contexto mayor, el núcleo, el eje de toda manera de vivir, la indicación de cómo estar en el mundo. Se está en el mundo para ser y no, como entre nosotros, los occidentales, se es para estar. Es la visión que compartieron y comparten



*Caza del jaguar
Exploraciones a los istmos de Panamá
y de Darién en 1876, 1877 y 1878*

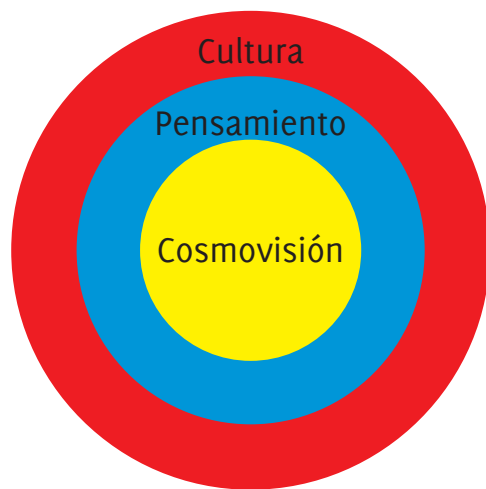
Armand Reclus

1881

Biblioteca Luis Ángel Arango

casi todos los pueblos originarios de la Antigua América desde que era Abya Yala, “tierra fértil rodeada por el agua”.

Esta cosmovisión, representada en la Ley de Origen de cada pueblo, es su referente de relacionamiento, de deberes y derechos, de significantes y significados; se expresa mediante el mito y se hace operativa en el rito, que es igualmente celebración y fiesta. La cosmovisión se expande y amplía, como las ondas del agua en el lago, en círculos sucesivos que la contienen y que nosotros denominamos pensamiento y cultura.



Cuando la cosmovisión se transforma en Ley de Origen, lo hace porque está en relación directa con un territorio

que incluye a la comunidad de lo sagrado, la comunidad de la naturaleza y la comunidad humana, *Waka*, *Sallka* y *Runa* en quechua andino. Esta Ley de Origen orienta a los sabedores de una comunidad humana para hacer *pensamiento* con el fin de aclarar, desde esta ley mayor, los asuntos de la comunidad. Por ello, en la Sierra Nevada de Santa Marta, en Colombia, denominada el “Corazón del Mundo”, los mamos o sabedores espirituales de los cuatro pueblos —koguis, arhuacos, kankuamos y wiwas—, guardianes de las cuatro esquinas y los cuatro elementos de este corazón —tierra, fuego, aire y agua— se reúnen en la kankúrwa o “casa sagrada”, para, luego de encender los cuatro fuegos y establecer el centro con el mamo, dedicarse a “hacer pensamiento” recreando su Ley de Origen, buscando solucionar problemas concretos de su estar en el mundo.

Pero tanto cosmovisión como pensamiento necesitan concretarse en acciones de recreación del mundo en la realidad visible, lo que establece el ámbito de la cultura, que es el hacer en el mundo desde la acción que recrea el pensamiento. Todo lo perceptible por los sentidos externos es cultura expresada en la forma. La

**“ALGO TENDRÁ
DESDE QUE**

EL AGUA

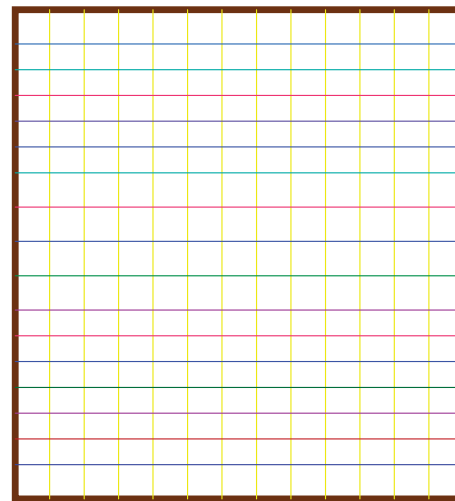
LA BENDICEN".

cultura es una forma del hacer de todos los seres vivos, no solo del ser humano. Por tanto, el agua, parte de este tejido interconectado, tiene vida, forma parte de una cosmovisión, genera pensamiento y posee cultura.

Ahora bien, el asunto central de este proceso y la diferencia fundamental entre el mundo originario y el mestizo, es la *coherencia* con que se entrelazan cosmovisión, pensamiento y cultura. Si cualquier acción en el mundo refleja con fidelidad un pensamiento, que a su vez refleja puntualmente una cosmovisión, ese hacer es coherente y armónico. Si, por el contrario, como ocurre en el mundo mestizo impuesto desde hace quinientos años, la cultura como acción no recrea el mundo, sino que trata de dominarlo, controlarlo, usarlo y poseerlo de manera acumulativa, esta acción cultural niega o anula el pensamiento y por tanto la cosmovisión. El resultado está a la vista. Ello nos lleva a una pregunta fundamental. ¿Qué es ser indígena, en esencia? La respuesta es una: el respeto real a una Ley de Origen y la coherencia, respetando esta ley, de su forma de estar en el mundo. Este es el camino de convertirse en realidad en ser humano desde el pensamiento indígena.

El mundo así estructurado, desde una cosmovisión madre, se puede imaginar como un mundo-tejido: el telar que refleja las cuatro partes del mundo y sus cuatro esquinas, en las que se tejen urdimbres de relación y tramas diversas. La urdimbre es la cosmovisión compartida diacrónica y sincrónicamente por los pueblos originarios desde el poblamiento, lo que permite un relacionamiento profundo; las tramas, que comienzan cuando cada cosmovisión genera pensamientos más específicos, se van dando en la diversidad sorprendente de los pueblos y sus culturas, al ir éstos ocupando territorios diferenciados por posición y clima.

No es casualidad que en la visión de los koguis en la Sierra Nevada de Santa Marta, actual Colombia, el territorio se considera como un gran telar cuya delimitación está dada por los cerros sagrados y los ríos principales que descienden desde los nevados sagrados hasta el mar, la madre de las aguas. El tejido se hace cuando los seres vivos transitan los caminos que cruzan el territorio tanto en forma vertical, entre diferentes pisos ecológicos, urdimbres, como en los que entrelazan valles interandinos



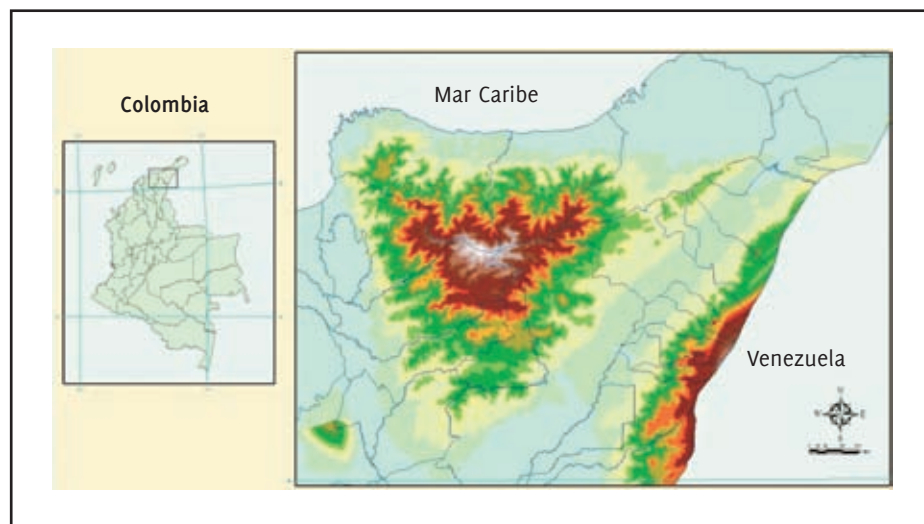
Esta coherencia parte de una idea esencial en el pensamiento originario: el mundo expresándose como un tejido de urdimbres de unión y tramas de diferencia, cuyo equilibrio dinámico es la coherencia. A partir de allí el mundo se ordena...

en forma horizontal, que constituyen las tramas de diversidad territorial y cultural. Es en esta geografía sagrada donde se han tejido los relacionamientos entre lo sagrado, el territorio y la cultura. Ya los antiguos taironas, antecesores de los cuatro pueblos originarios actuales, construyeron su urbanismo y arquitectura de piedra y agua, uno de los más interesantes diseños orgánicos que se conocen en América.

Por eso una de las preocupaciones fundamentales de los mamos o autoridades espirituales de estos pueblos es la forma como el “hermanito menor”, los mestizos y blancos de la otra cultura, están manejando el agua, concebida en simples términos de bien de uso, considerándose apenas como un tejido cuando se enfoca en términos de cuencas hidrográficas. Para los mamos el agua es origen, alimento y destino. Se concentra en los nevados y glaciares para ser semilla de lagunas, de donde nacen quebradas y ríos. Desciende tejiendo al territorio y une este tejido al mar, la gran madre, sitio desde el cual provino toda existencia. Por lo tanto es sagrada y es única. Es la aguja y la espada o liso.

La Sierra Nevada de Santa Marta posee por lo menos 35 de estas grandes

Mapa 1. Ubicación de la Sierra Nevada de Santa Marta.

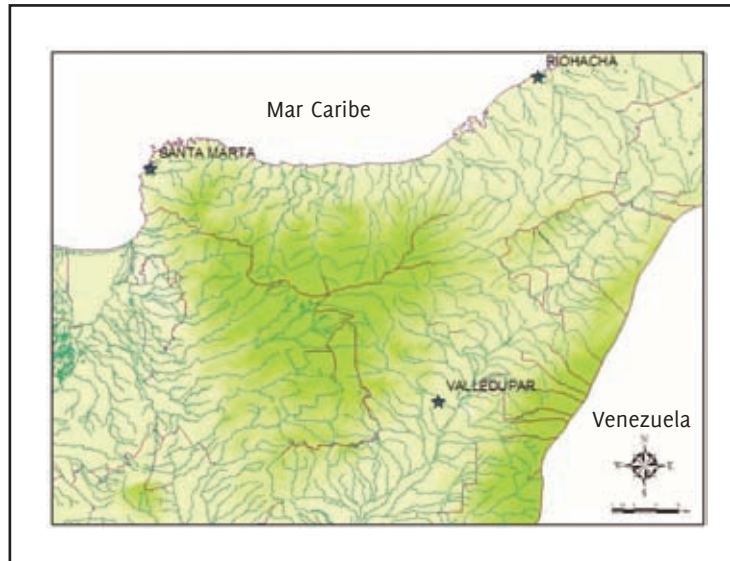


cuencas que pertenecen a la vertiente del mar Caribe. Lo grave es que las cuencas muestran serios impactos ambientales motivados por nuestra visión del desarrollo, habiéndose perdido casi el 49% de su escorrentía en menos de veinte años, lo que compromete el suministro de agua dulce potable, no sólo a los pueblos indígenas de la Sierra, sino a importantes centros urbanos como las tres capitales de esta región del país: Valledupar (Cesar), Santa Marta (Magdalena) y Riohacha (Guajira).

Un caso semejante se presenta en uno de los más importantes humedales americanos, ubicado al noroccidente

Fuente: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Mapa digital integrado*, Bogotá.

Mapa 2. Estrella hídrica de la Sierra Nevada de Santa Marta.



Fuente: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Mapa digital integrado*, Bogotá.

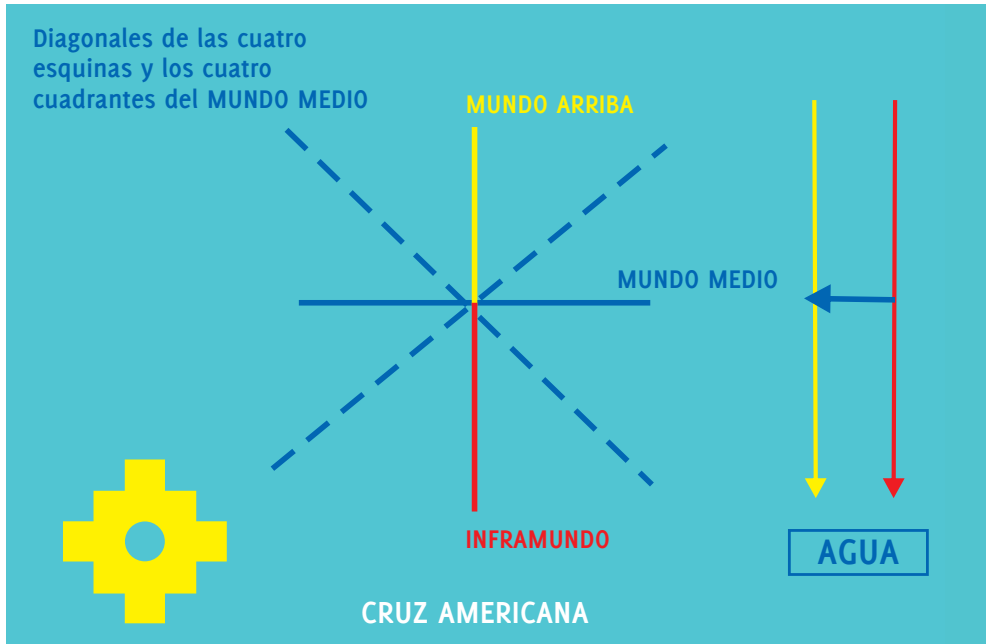
de la actual Colombia, conocido como la Depresión Momposina, más de 500.000 hectáreas de humedales, que constituyen algo así como el “riñón” del territorio colombiano. Es en la Depresión Momposina, conocida como la Mojana, donde vierten sus aguas llenas de sedimentos tres de los grandes ríos colombianos: Magdalena, Cauca y San Jorge, los cuales llegan depurados a su desembocadura en el mar Caribe. Durante cerca de 1.500 años, el pueblo originario de los zenúes intervino sosteniblemente este territorio y mantuvo su equilibrio, en uno de los casos de ingeniería hidráulica más interesantes de la América Originaria. Hoy los descendientes de este pueblo indígena luchan con desespero por conseguir agua potable. Durante los últimos veinte años, nuestro mal manejo del ecosistema de humedales trajo el casi colapso del mismo, al destruir el sistema natural y la recreación realizada por los zenúes. Sus descendientes siguen pensando que el agua es un ser vivo, con el cual se debe dialogar y reciprocarse bajo otros principios.



Fotografías: Sebastián Schrimppff

*Canales excavados por los antiguos zenúes
en cercanías de San Marcos (Sucre).*

Ciclo del agua en el pensamiento andino



Fuente: elaboración propia.

El agua es vida, cosmovisión, pensamiento, cultura y el camino conector entre semillas de lo sagrado, la naturaleza y los seres humanos.

El agua mora como semilla celeste en el Mundo de Arriba (*Hanan Pacha*), dentro del Río del Cielo, Vía Láctea, desde allí, impregnada con el semen solar, desciende en forma de nube para condensarse sobre la tierra; de allí cae como agua-tejido en forma de lluvia hasta llegar a la piel de la

madre; la penetra entrando a su útero-Inframundo (*Ucku Pacha*), ahí fertiliza las semillas de todo lo viviente; una vez fertilizadas las semillas en “nuestra madre, nuestro padre”, emergen a través de las aguas subterráneas al Mundo Medio (*Kay Pacha*) en el que se expresan como las tres comunidades básicas: deidades (*Waka*), naturaleza (*Sallka*) y seres humanos (*Runa*).

Cada una de estas comunidades —deidades, naturaleza y seres humanos—, habitantes del Mundo Medio en que todos existimos, tiene un carácter dual: son femeninas y masculinas al mismo tiempo, con diferentes grados de expresión, ya sea preponderantemente femenina o masculina. Todo el proceso de la vida, que denominamos humanización, como experiencia vital, busca lograr la complementariedad de estos dos principios hasta armonizarlos como todo. Por ello las tres comunidades establecen un tipo de relacionamiento que podemos denominar diálogo, reciprocidad y complementariedad. Las tres son incompletas, incluso las deidades, y precisan las unas de las

otras. Esta completitud comienza con un dialogar que se establece mediante la observación consciente y el modo de conocer que es en realidad un modo de recordar.

Dialogar es escuchar al otro a través de todos los sentidos y dejar sentir nuestra voz no como una posición de autoridad, sino como una expresión ejemplar, de experimentación propia, que opera sólo como ejemplo a considerar; se dialoga con lo sagrado a través del ritual, con la naturaleza mediante el saber hacer y entre nosotros con la palabra oral, la que teje relaciones, ejemplos particulares y posibilidad de compartir experiencias en un mundo-tejido en el que todos somos hilos y puntadas entrelazadas. Reciprocamos cuando no imponemos, controlamos, ni dominamos, sino que permitimos, con respeto, la expresión del otro, para entender y sentir en qué lugar y momento nos tejemos juntos, sin dejar de ser cada uno, ahora como *jaqui*: pareja, comunidad. Todo el proceso de dialogar, reciprocarse, hacernos complementarios en forma armónica, puede considerarse como una crianza mutua, en la que criamos para ser criados, pero como criamos somos criados, lo que implica una ética y una estética; ética que implica la

reciprocidad, el respeto y la sabiduría de la crianza; estética que se plasma tanto en la Ley de Origen, como en el pensamiento y la cultura, que es todas las formas que damos al mundo cuando lo recreamos en diversidad: tejidos de hilos, de agricultura, de riego, de caminos, de casas y centros ordenadores, de templos y huacas, de cerámicas, de esculturas, de objetos metálicos, de vestuarios, canciones y palabras; tejido de agua.

El ser agua

El agua es femenina cuando es portal liminal entre mundos: el mar como Mama Cocha, al igual que las lagunas quietas y cerradas y los puquiales, o cuando habita en las cuevas que se profundizan. Es masculina como hielo y nieve, en los apus o montañas, condensada en el granero glacial del agua para permitir el fluir de los ríos y quebradas, agua conectora, que al final llega hasta el mar-madre. Desde las cuevas profundas emerge de nuevo como semilla femenina de nube, que asciende hacia el mundo celeste en espiral calendárica.

El agua es, desde esta visión andina originaria, parte de la comunidad de la naturaleza con la que compartimos



*Ciclo del agua desde la cultura
Olmeca, Mesoamérica, 800 a. C.*

Paso del dique
"Voyage à la Nouvelle Grenade", en
Le Tour du Monde. Charles Saffray
Diseño de A. de Neuville,
con base en un croquis del autor
1869
Biblioteca Luis Ángel Arango



vida, origen, la dualidad que somos, complementariedad necesaria, crianza mutua. Para ello precisamos entender que no es un objeto, simple H_2O (la torpe visión de la piel en la que se pierde el corazón y el alma de las cosas), un mero recurso para ser controlado, usado y acumulado de acuerdo con intereses individuales, sino un hermano o hermana (depende de como se manifiesta en su forma y energía), con la que compartimos un destino común en esta experiencia del Mundo Medio terrestre, parte del cual es aprender a establecer un diálogo en reciprocidad que nos permita volvernos complementarios para así podernos criar mutuamente. Solo entonces sabremos ser humanos.

El agua fecundante se mueve entre diversos ciclos del espacio-tiempo (*pacha*). Ya hablamos de un macrociclo que engloba desde la Vía Láctea al Inframundo y hace la forma de su circulación cósmica y planetaria. Pero el ser agua, la persona agua, también tiene ciclos más particulares de manifestación: continental, regional, en cada *pacha* local. Por ello, el diálogo y la reciprocidad tienen diferentes niveles y la observación diversos paisajes y alcances. Se dialoga con el

clima y sus señales para entender el tipo de año agrícola que viene respecto al agua: sequía, lluvias regulares o inundaciones; con la época del año en que se mueve este ciclo agrícola y la expresión del agua: barbecho, preparación del terreno, siembra, deshierbe, riego, fructificación, cosecha, almacenamiento; con el *pacha* local en el *ayllu* o la comunidad y con respecto a otras comunidades y al territorio archipiélago (ubicado en diferentes ecosistemas y pisos climáticos) para lograr la seguridad alimentaria; en fin, se teje la unidad-complementariedad dentro de la diversidad que la hace posible. En este diálogo y reciprocidad es donde se comprende, de manera vivencial, el hecho de la multiculturalidad en diálogo con la pluridiversidad ecosistémica.

Ahora bien, el ser agua no existe solo; es familia con la naturaleza y estructurador del territorio. En la chacra el agua está en relación de diálogo y *ayni* (reciprocidad) con el suelo específico en el que habita y camina, con los cultivos que allí crecen como tejido familiar, con los animales que se crían en este ambiente, y con el microclima natural y recreado de la chacra. Cuando el indígena dialoga con la chacra y por

ende con el agua, en ese acto de crianza mutua que es cultivar el alimento, lo hace mediante el ritual y su saber hacer, incluyendo el sol, las estrellas, las nubes, el rayo, el granizo, la lluvia, la helada, el viento suave o huracanado, el agua que riega o inunda, la sequía, las plantas y los animales, el inframundo y el mundo celeste con todas sus deidades, como los cerros sagrados y los nevados. Es un diálogo incluyente, un “pensar con el corazón” hacia el otro.

El ser humano debe aprender a observar ese diálogo del agua en el territorio, expresado en las señales visibles de lo que puede acontecer; de allí entenderá como efectuar la crianza mutua. Luego debe entrar al diálogo activo con esta familia-chacra y establecer su reciprocidad entre comunidades. Todo comienza con el ritual, el diálogo mayor que propicia toda otra relación, expresado desde el agradecimiento hasta la solicitud. El diálogo con la naturaleza y el ser agua se da, a partir del ritual, mediante el lenguaje de la observación, el recuerdo y el saber hacer que es aplicación y experimentación. En definitiva, la comunidad humana dialogará entre sí, para entender como la experiencia de cada uno, en su *pacha* particular, puede



articularse con la de los otros y como el ejemplo de unos permite una mayor comprensión a los demás. No importa lo hegemónico ni verdades absolutas, sino lo semejante compartido como vivencia.

En este orden de ideas el agua, ser vivo femenino y masculino, con cuerpo, corazón, energías, carácter, sentimientos y cultura, debe ser respetada en la forma como quiere ser criada para permitir, en reciprocidad, una buena crianza de la naturaleza y lo humano. Por ello

Tumaco en Colombia
Voyages autour du monde et naufrages célèbres.
(Voyages dans les Amériques), Édouard André
 Grabado de Gabriel Lafond
 1843-1844
 Biblioteca Luis Ángel Arango



“El río cuyo curso forma el límite natural del continente sudamericano en su extremidad noroeste, el Atrato, también llamado Darién y Chocó, es aún más que el Magdalena y el Sinú, un río que tiene mucho de lago y ciénaga por su régimen: más que un río es un pantano en movimiento”.

Elisée Reclus, Colombia, Bogotá, Editorial ABC, 1958.





se debe tratar con respeto; embalsar cuando es necesario, canalizar cuando ella lo indique, acumular temporalmente para un bien comunitario. Como toda energía, cuando se detiene y acumula sin razón, se descompone; cuando se trata de acaparar y pervertir, se desborda; toda energía viva debe fluir por el tejido conectando las partes del sistema en un cuerpo planetario. Como mar, lagunas, puquios, quebradas, ríos, hielos y nieves, representa personas que conversan, ofrecen su sabiduría y también aprenden de los otros. La clave de esta relación entre las tres comunidades y de ellas con el agua, es que en los Andes cada uno se sintoniza con el mundo tal como es para entenderlo y criarse, no para

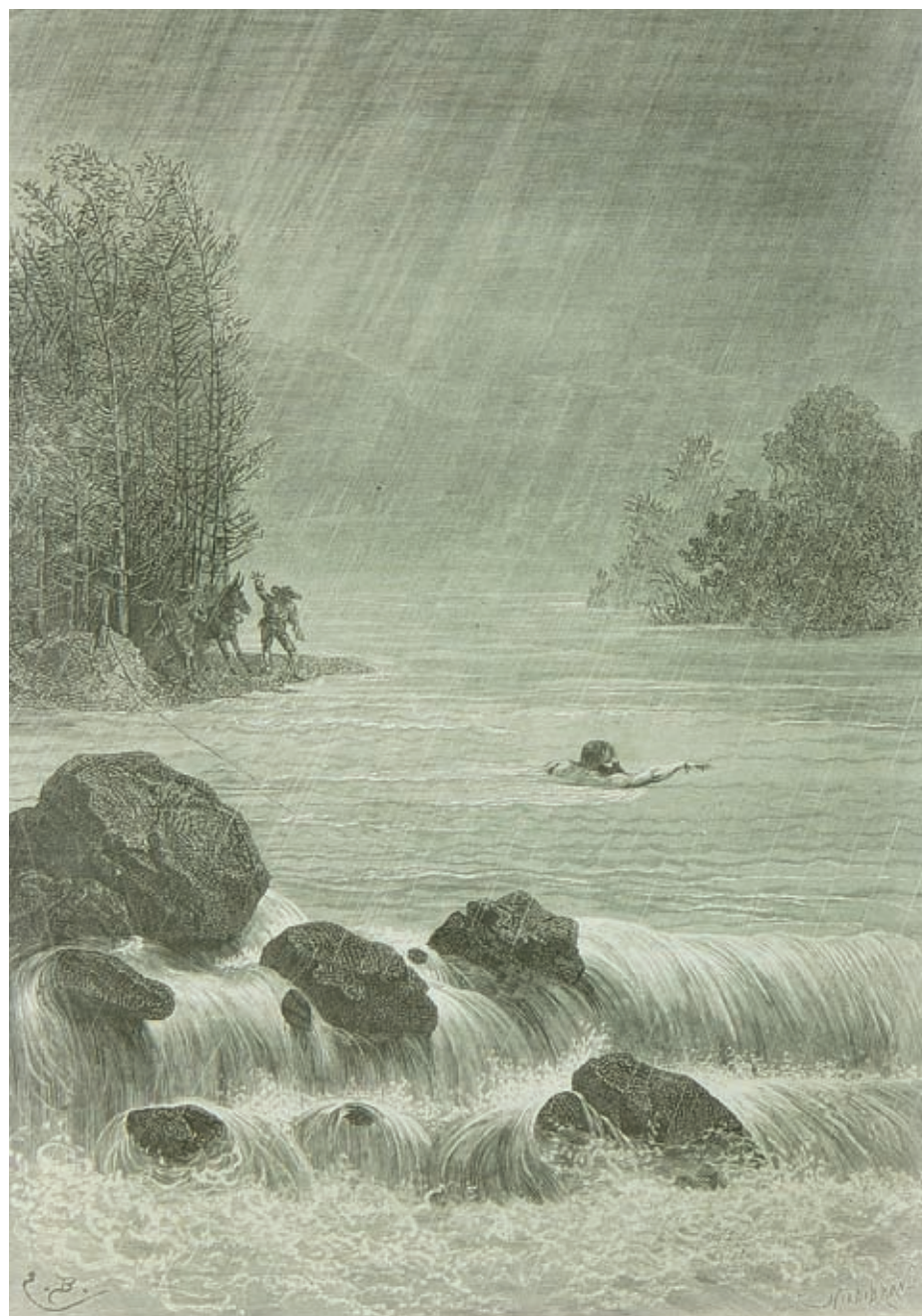
usarlo y transformarlo. Y la salud de una comunidad depende de la de las otras dos; o están saludables las deidades, la naturaleza y los humanos, o la salud es precaria porque no puede fragmentarse.

El agua, persona viviente y vivificante, espera aún, en este mundo mestizo y desacralizado, que recordemos los principios del diálogo y la reciprocidad, las formas de la crianza mutua, en busca de restituir el orden. Porque todo orden comienza al interior de cada uno, entre sus propios elementos, para poder relacionarse de manera coherente con estos elementos-seres en el gran cuerpo de la Madre, del que indefectiblemente formamos parte.

Cocodrilos colombianos
The Capitals of Spanish America
 William Eleroy Curtis
 1888
 Biblioteca Luis Ángel Arango

Paisaje en el Valle del Cauca, cerca de Cali
L'Amérique Équinoxiale
(Colombie-Equateur-Perou), Édouard André
 Diseño de E. Riou, con base en un croquis y
 una fotografía del autor
 1869
 Biblioteca Luis Ángel Arango

Un momento crítico en el río Ovejas
L'Amérique Équinoxiale
(Colombie-Equateur-Perou), Édouard André
Diseño de É. Bayard, con base en un
croquis del autor
1869
Biblioteca Luis Ángel Arango



¿Sabes a qué



cuenca **hidrográfica perteneces?**

¿En qué parte de la cuenca te ubicas?

Todos vivimos río arriba.

**Yo vivo, yo habito,
yo afecto un entorno.**